

OCHO PROPUESTAS PARA DEJARSE RENOVAR

Nadia Coppa, ASC



Necesitamos recuperar ciertas experiencias y actitudes que generan novedad y vida en nuestros contextos misioneros y comunitarios.

1) En primer lugar, *recuperar la alabanza*, la alegría que brota de un corazón alegre, habitado, renovado por el Espíritu. La alabanza se opone al lamento, nace de la capacidad de captar con los ojos de la fe la intervención de Dios en la propia historia de vulnerabilidad y fatiga. El Magníficat es un claro testimonio de ello.

2) *Habitar el mundo alimentando el abandono confiado en Dios*, porque es precisamente allí donde la conciencia del propio límite y vulnerabilidad se abre al todo de Dios, donde se realiza el auto-abandono. El límite personal no es aplastado por la confrontación con el Otro/los otros porque es un don que completa y enriquece la existencia. La del *abandono* es una experiencia que se alimenta de la oración, el diálogo, el compartir y la reconciliación. En esta actitud florecen comunidades capaces de grandes cosas.

3) *Fomentar la hospitalidad*. El otro/los otros se convierte en un huésped bienvenido y acogido, un regalo con el que construir y realizar el propio itinerario vital. Una comunidad es fecunda en la medida en que se hace hospitalaria. No tiene que elegir entre acoger a Dios y acoger a las personas, porque el Señor aparece en forma humana. La palabra *huésped* evoca tanto al que realiza el gesto de hacer sitio al otro como al que pide ser acogido. La hospitalidad exige la humildad de hacerse acoger, el respeto de entrar en relación con el otro. Exige un distanciamiento de sí mismo que es gratuidad y concentración en el otro que se coloca en el centro. Así surge el rostro de una comunidad hospitalaria e inclusiva. Es precisamente en

este ejercicio de reciprocidad donde se ayuda, salvaguarda y honra la transmisión de la fe y del carisma.

4) *Alimentar un corazón agradecido* es generador porque la gratitud hace que uno sea capaz de percibir la vida en su riqueza y en la carga de esperanza que contiene. Vivir en la gratitud es saber dar gracias por lo poco y por lo mucho, sabiendo que *todo* es gracia. Con esta actitud madura una comunidad de rostro agradecido, capaz de ver en el hermano/a los dones puestos por Dios y se construye en el respeto y la estima mutuos.

5) *Prestar atención al cuidado*, como capacidad de atención al otro, a la vida, a la casa común. ¡Cuidar es un arte! Debemos volver a este paradigma porque hoy vivimos en un tiempo en el que tendemos a convertir las acciones en procedimientos. Cuidar no puede ser un mero procedimiento, como tampoco puede serlo la educación. El estilo de atención recuerda la primacía de la relación: primero, el encuentro con el misterio de la persona, con su riqueza y su potencial; después, el procedimiento. Los procedimientos sirven, pero lo humano se cultiva a través del arte, a través de la capacidad de permanecer dentro de las situaciones.

Todo ser necesita cuidados porque tiene carencias, pero no solo eso, necesitamos cuidados porque somos seres inacabados. Por eso el cuidado no es solo una necesidad vital, es una ética porque el bien del ser humano es un bien que se desarrolla. Sin el acto de cuidar, de que alguien cuide y de que yo aprenda a cuidar, el bien no se desarrolla. El renacimiento de la esperanza pasa por el coraje de generar comunidades de cuidados, capaces de construir alianzas y sinergias, para que prevalezca el estilo de la inclusión.

6) *Actitud de custodiar*. Es verdad que la VC tiene un notable carácter de generatividad en todos los ámbitos, en el sentido de que la relación entre la VC (especialmente mujeres) y la custodia de la

vida es increíble. La generatividad es la capacidad de ver dónde la vida es frágil y de custodiarla. Esto es lo que la VC ha hecho siempre (educación, estar junto a los enfermos...), en todas partes. La actitud de custodiar se dirige siempre hacia lo que es valioso y, por tanto, merecedor del tiempo y el esfuerzo que dedicamos a protegerlo. El guardián vela, porque sabe que las cosas preciosas están expuestas al peligro y no subestima los riesgos; custodiar implica asumir responsabilidad: cuanto más valioso es lo custodiado, más esmerado es su cuidado, incluso a costa de sacrificio personal.

Pero ser custodio de algo -y sobre todo de alguien- implica también reconocer una distancia de respeto entre uno mismo y el objeto. Ese algo o ese alguien tiene un valor en sí mismo: un valor que no depende de nosotros y que nos trasciende; nunca, en ningún caso, tenemos propiedad sobre él. La actitud de custodiar implica reconocer que no nos pertenece, sino que todo está confiado a nuestro cuidado por la generosidad de la vida. Preguntémonos cuáles son las cosas y las personas que estamos realmente dispuestos a custodiar hoy: ¿en qué reconocemos valor? ¿A qué estamos dispuestos a dedicar el tiempo, la atención y el cuidado que requieren las cosas preciosas? *Custodiar* debería encontrar su lugar en el léxico religioso para recordarnos que la vida religiosa es el lugar de nuestras relaciones máspreciadas y que la primera tarea en una comunidad es custodiarnos unos a otros.

Custodiar es un verbo activo, una decisión personal; no es esencial que la otra persona corresponda: basta con que yo reconozca su valor para mí. Si algo tiene realmente valor, su custodia es una tarea que va más allá de la oscilación de emociones y estados de ánimo: lo que reconozco como valioso merece ser conservado, pero también reparado, y no será desechado ante las primeras dificultades. El propio acto de custodiar, el tiempo y la atención que

le dedique, contribuirán a aumentar su valor haciéndolo aún más valioso y digno de cuidado.

7) *El cuidado exige un acompañamiento mutuo.* Requiere una «mirada de cercanía para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro tantas veces como sea necesario» (EG 169). Es entrar en la dimensión de la *sacralidad* de la persona ante la que hay que quitarse las sandalias, pues se está tocando tierra sagrada (cf. Ex 3,5). Una de las modalidades del acompañamiento, no la única, es la entrevista personal como experiencia de vida, posibilidad de confrontación con las personas que el Señor pone a nuestro lado y con las que compartimos la vocación, el don carismático del Espíritu. Sentirnos responsables unos de otros es un don y una tarea que estamos llamados a vivir cada día con la ayuda del Espíritu Santo. Así realizamos juntos un maravilloso proyecto de amor que da fecundidad a la misión que se nos ha confiado.

8) Finalmente estamos llamados a *recuperar la autenticidad*. La falsedad es estéril porque niega una de las virtudes a las que está llamada una comunidad: la *parresía*, la libertad de decirlo todo, una virtud que san Pablo recuerda varias veces en sus cartas. La valentía a la que apela no es desahogo o agresión, sino corrección fraterna, admisión de las propias responsabilidades, valor de amarse, reconocimiento de las propias limitaciones. Solo una comunidad que evite la actitud de ocultar sus debilidades debajo de la alfombra y permita que se desarrolle un clima de verdadero respeto, podrá encontrar el camino para ser un vientre generador y fecundo.

PARA LA PUESTA EN COMÚN – ORACIÓN

Desde lo reflexionado y compartido en el documento, escribir en los post-it un deseo o sueño de esperanza, con una palabra o frase corta y pegar en el árbol.